

y otros adornos, y mucha cantidad de comestibles.

Agradeció mucho el príncipe el obsequio, y respondió al embajador con las afables expresiones de gratitud que eran debidas á la buena amistad y fiel correspondencia de sus señores. Sirviéronle de comer allí con mucha esplendidez, y á la tarde le condujo el embajador al alojamiento que le tenia dispuesto.

CAPITULO L.

Eligen los mejicanos por rey á Itzcohuatl, hermano bastardo del antecesor, y no lo aprueba el emperador, quien quiere reducirlos á rigoroso vasallage, quitándoles los reyes. Conférese en el senado lo que se deba hacer: prevalece el dictámen de los jóvenes contra el de los ancianos, y se resuelve la guerra, que se le declara solemnemente al emperador. A ejemplo de los mejicanos eligen rey los tlátelolcas á Quauhlatohuatzin al que tambien desaprueba el emperador. Unense los dos reyes á la defensa, y el emperador sitia las dos ciudades por agua.

Antes de pasar adelante en la relacion de los sucesos de Nezahualcoyotl es preciso dar noticia de los que al mismo tiempo ocurrieron en Méjico.

Grande fué la consternacion que causó en los mejicanos y tlátelolcas la muerte de sus reyes; y fué tanto el terror y espanto que concibieron del tirano Maxtla, que no solo no se atrevieron á moverse contra él, pero ni aun á hablar sobre el punto de elegir nuevos reyes, considerándose enteramente subyugados al tirano y esclavos de los tecpanecas.

Por otra parte Maxtla, con la fuga de Nezahualcoyotl, y las noticias que tenia ya de que le favorecian, no solo los príncipes de la otra banda de los montes, sino muchos de los de montes adentro, estaba lleno de temores y ocupado su pensamiento en este negocio, todo su anhelo era haberle á las manos vivo ó muerto, para sacudirse de este cuidado.

Viendo, pues, los ancianos que componian el senado mejicano tan ofuscado al emperador en estos negocios, les pareció que esta era la coyuntura favorable para volver sobre sí, y restaurar su libertad eligiendo un nuevo rey.

Juntáronse para esto todos los que lo componian y uno de ellos tomó la voz, exhortando á los demas á no perder el tiempo en inútiles disputas, ni en querer satisfacer cada uno sus propios deseos y pasiones, sino que unidos todos al único fin de mirar por el bien de su república que se hallaba amenazada de una dura servidumbre, y en términos de quedar extinguido su reino, pusiesen los ojos en un caudillo que por su prudencia, conducta y valor pudiese defenderles de los peligros que les amenazaban, y restaurar el antiguo esplendor de la nacion.

No necesitaban los electores de tanto estímulo, porque todos miraban á Izcohuatl con un respeto muy superior. Era hermano bastardo de los reyes anteriores, hijo de Acamapichtli segundo, habido en una esclava suya, aunque de noble stirpe. No era viejo, pero se acercaba á los cincuenta años, y los mejicanos tenian bien experimentada su prudencia, conducta y valor, habiéndose ejercitado desde su juventud en el manejo de las armas, y despues en el mando de las tropas,

siendo uno de los mas famosos capitanes de su tiempo, y no ménos versado é instruido en los negocios del gobierno al lado de su desgraciado hermano Chimalpopoca: por lo que todos lo creían el mas digno de ocupar el trono; y así sin detenerme sufragaron todos unánimes con sus votos á su eleccion.

Hallábase en el senado el mismo Itzcohuatl, y viéndose aclamado de todo el senado para suceder en el reino, aceptó la corona, dando á los electores la gracias con expresiones muy propias de su cordura. Dióse luego la noticia al pueblo de la eleccion, y fué generalmente aplaudida, y concurrieron todos á saludar y victorear al nuevo rey; y sin esperar á otro dia, porque así lo pedian las circunstancias del tiempo, se celebró allí la jura y coronacion, prestándole todos el homenaje de obediencia y fidelidad. El dia de esta eleccion fué segun mi cómputo el dia veinte y siete de julio de 1427.

Apénas se concluyó la ceremonia, y ántes de levantarse Itzcohuatl del trono en que le sentaron para ella en presencia de todo aquel gran concurso se levantó un anciano senador, y dirigiéndose al nuevo rey, le dijo de esta manera: „Hijo muy amado nuestro, sea enhorabuena vuestra exaltacion al trono, que ocuparon vuestros padres y hermanos: pero sabed que sois coadjutor de los dioses y estais en su lugar; y así os habeis de mirar mucho en vuestras acciones, siendo todo ojos, oídos, pies y manos, para procurar el beneficio de todos vuestros súbditos. Acordaos de vuestros pasados, para imitar sus heroicos hechos, defendiendo y amparando á vuestros vasallos, hasta dar la vida por ellos si fuese necesario. Mirad tantas,

„ viejas y viejos, niñas y niños, que aquellos por su larga edad y estos por sus pocos años se consideran ya miserables víctimas de la soberbia tecpaneca, siendo unos y otros incapaces de defenderse de ella, ni de huir el cuerpo á los males que se les preparan. Ellos y todos están pendientes de vos, y han puesto en vos los ojos, y en vuestro corazon y manos han depositado su esperanza. Ea, pues, descoged vuestro manto para abrigar y cargar en vuestros hombros á los pobres y desvalidos de la república. Ved por el honor de vuestra patria: defended á vuestros hijos, y restaurad la gloria del nombre mejicano. No os acobarden los trabajos y penalidades: acordaos de la constancia con que los sufrieron vuestros mayores, que aunque yacen sepultados debajo de la tierra, vive inmortal su nombre, y no será ménos el vuestro si sabeis imitarlos.”

Atento escuchó Itzcohuatl el razonamiento del anciano senador; y luego que acabó, haciéndole una cortesía con la cabeza, le respondió de esta suerte:

„Mucho gusto he tenido en oír vuestro razonamiento, y ojalá se impriman en mi corazon vuestros consejos, para saber cumplir con las obligaciones en que me habeis puesto, y corresponder al amor y confianza de mis vasallos. Yo de mi parte estoy pronto á no perdonar trabajo ni fatiga, siendo en todo el primero que anime á los demas con mi ejemplo; pero para lograr el fin es necesario tambien que todos contribuyan y me ayuden, unos con las obras, y otros con las palabras, y que unidos con el vínculo de la fidelidad y obediencia, sea nuestra nacion un cuerpo con muchas manos y un solo corazon.”

Pasó luego el nuevo rey acompañado de todo el senado al templo de Huitzilopuehli á darle gracias como al dios de la guerra, el supremo entre los mejicanos, y á la puerta de él le recibió el gran sacerdote, y le hizo otro semejante razonamiento, exhortándole á la defensa de la casa de su dios, y á la de sus súbditos, restaurando el lustre de su nacion. Respondióle Itzcohuatl con igual prudencia y cordura, manifestándole su celo por la religion y el culto de su dios.

Concluido este acto, volvió á juntarse el senado en presencia del rey, para nombrar á los embajadores que habian de ir á dar cuenta al emperador de la eleccion, y á pedirle su confirmacion. Era muy ardua la empresa, porque estaban persuadidos de que los que fueron con esta comision serian víctima del enojo de Maxtla, y así ni habia quien se atreviese á ir con ella, ni á nombrar á otro que á tanta costa entrase en el empeño.

Hallábanse en el senado dos hijos del rey Huitzilihuitl, á saber Moteuhzoma, á quien llamaron despues Ilhuicamina, que era el primogénito, y Tempanecatl, á quien despues por sus famosos hechos le dieron el renombre de Tlacaeleltzin, por el que es conocido en la historia. Era este último un gallardo jóven de pocas mas de veinte años, de muy buen parecer, y adornado de un gran cúmulo de prendas naturales, y virtudes morales, entre las cuales sobresalian especialmente la afabilidad y agrado, la liberalidad y el valor que le habian grangeado el afecto y aplauso universal. Este, pues, viendo el miedo que ocupaba á todos para la ejecucion, sin atreverse nadie á emprender la hazaña, llevado de un ardiente espíritu se levantó y dijo de esta

suerte: „Padres y abuelos míos ¿qué os turbais? ¿qué os
„acongoja? El dar cuenta al emperador de nuestro nue-
„vo rey es indispensable, porque lo contrario es decla-
„rarnos rebeldes en un tiempo en que nos hallamos sin
„la prevencion necesaria para resistir á su poder, si
„irritado de nuestro proceder echa sobre nosotros sus
„tepanecas. Si toda la dificultad consiste en que te-
„neis por infalible que el que le llevare la noticia ha de
„perder la vida, aquí esta la mia ¿para qué vivo yo en
„el mundo? ¿Para qué guardo la vida, si cuando se ofre-
„ce la ocasion de hacer á mi rey y á mi patria un ser-
„vicio agradable, no la arriesgo por ellos? aquí me te-
„neis: enviadme á mí, si os parece que puedo desem-
„peñar la embajada, y no os dé pena el riesgo de mi
„vida, que tarde ó temprano ha de acabarse, y nun-
„ca mas bien empleada que en el servicio de mi pa-
„tria: solo os ruego que si muero cuideis de mis hijos
„y mugeres, pues sois padres de ellos.”

A tan bizarra accion respondió el rey de esta suerte: „Amado sobrino mio: qué bien se conoce
„la real sangre que late en vuestras venas: será inmor-
„tal vuestro nombre en la memoria de los mejicanos:
„vuestra cordura, talento y valor, muy superiores á
„vuestra edad, son muy suficientes al desempeño de
„esta y mayores empresas, y así partid en buena ho-
„ra, seguro de que vuestros hijos y mugeres quedan á
„mi cargo para mirarlos, cuidarlos y atenderlos como
„á mis propios hijos.” Todos los senadores, admira-
dos de la valiente resolucion de Atempanecatl, le hicie-
ron iguales expresiones y ofertas. Abrazáronle con ternura el rey su tio, su hermano, y otros de aquellos señores y despedido de ellos se retiró á su casa, y adere-

zándose de las mejores galas y plumas que tenia, partió al día siguiente á su embajada.

Al llegar á la raya de Azcapuzalco, en un parage llamado Xoconcapuliacac, halló una guardia de tecpanecas que acababa de poner el senado de Azcapuzalco, con noticia que tuvo luego de la eleccion de Itzcohuatl, cuyo valor y pericia militar tenian bien conocida, y así se persuadieron á que no habia de sufrir la subordinacion ni dejar gemir á su pueblo bajo el pesado yugo que le habian impuesto, y que con su bizarró espíritu apenas empuñase el cetro pretenderia extender la mano sobre ellos; y así pusieron luego guardia á sus fronteras, con órden de no dejar pasar á ningun mejicano. Conoció la guardia á Atempanecatl, y hablándole por su nombre le preguntaron ¿donde iba? Respondió que iba á hablar al emperador, dijéronle que no podia pasar, porque tenian órden de impedir la entrada á los mejicanos, y así que se volviese porque de lo contrario le quitarian la vida. Esa órden replicó Atempanecatl no se entiende ni se debe entender conmigo que vengo de embajador, y se me deben guardar los fueros de tal, y así he de pasar á hablar al emperador. Altercaron algun tiempo sobre ello; mas con su buen estilo y sagacidad logró que le permitieran pasar. Llegado al palacio del emperador, le hizo avisar que allí estaba un embajador del senado mejicano: hizole entrar Maxtla, y puesto en su presencia, despues de hacerle una profunda reverencia, le dijo: „Grande y supremo señor, tus fieles vasallos, amigos y señores, que comen el senado mejicano, me envian á saludarte con todo aquel rendimiento debido á tu grandeza, y á darte cuenta de que habiéndose juntado para elegir rey de

„ su nacion como ha sido siempre costumbre en ella, ha
 „ recaido la eleccion en Itzcohuatl, cuyas relevantes
 „ prendas tienes bien conocidas y bien experimentado
 „ su valor, habiendo gastado toda su vida en el manejo
 „ de las armas, en el servicio de tu padre y de tu reino;
 „ por lo que espera el senado que teniendo á bien la
 „ eleccion, te sirvas aprobarla. Lo mismo te suplica mi
 „ nuevo rey, que me manda igualmente te salude en
 „ su nombre, asegurándote de su fiel amistad, que afianzada en el vínculo de la sangre será invariable en tu
 „ servicio.” Este fué en sustancia el razonamiento de Atempanecatl, pero adornado de tales expresiones, y proferido con tal dulzura, elocuencia y gracia, que captando la benevolencia del emperador, le respondió muy afable diciendo: „Amado sobrino mio, bien quisiera yo
 „ complacer al senado mejicano, y daros gusto á vos
 „ en aprobar y confirmar la eleccion de Itzcohuatl; pero
 „ lo embaraza mi consejo, que tiene resuelto no consentir tengais en adelante reyes de vuestra nacion, sino
 „ que como tributarios del imperio seais gobernados por
 „ los ministros tecpanecas que yo nombrare; y en caso
 „ de no querer sujetarse á esto, entrar á fuego y sangre
 „ destruyendo vuestro reino mejicano, hasta que no quede memoria de él: y así volveos á Méjico, y dad esta respuesta á Itzcohuatl y al senado, y cuidad vuestra persona, porque las guardias que ha puesto mi
 „ consejo tienen la órden de quitar la vida á los que pasan de mis fronteras.” Nada replicó Atempanecatl, sino que con grande acatamiento y respeto se despidió y partió para Méjico.

Al llegar á las guardias de la frontera les dijo que iba á llevar una proposicion del emperador al senado

mejicano, y debia volver con la respuesta, y así se lo prevenia para que á la vuelta no le impidiesen el paso. Creyóle la guardia, y ofreció hacerlo así, y él continuó su marcha hasta Méjico.

Estaba junto el senado y el rey, esperando la resulta, creyendo muchos que esta fuese la noticia de su muerte; y así cuando le vieron venir vivo tuvieron mucho contento. Dió cuenta de su comision, y comenzó á tratarse en el senado la resolucion que debia tomarse. La mayor parte de los ancianos que habian sido los primeros en promover la eleccion de un nuevo rey, intimidados ahora de las amenazas de Maxtla, eran ya de dictámen de ceder á la fuerza, y sujetarse al yugo de la servidumbre hasta que con el tiempo pudiesen sacudirle. Pero el valiente Itzcohuatl se opuso ardentemente á tan cobarde pensamiento, y levantando á su favor la voz toda la gente jóven, se declararon abiertamente contra el dictámen de los ancianos, ofreciéndose á tomar las armas en defensa de su libertad y de su rey, pues mas querian morir en la demanda que vivir esclavos de los tecpanecas.

Disputóse largo rato entre unos y otros, y viendo los ancianos que no podian contrarrestar á los jóvenes animados del rey, que su ardor era tal que ántes perdieran mil veces la vida que consentir en la sujecion que se les queria imponer, y que á pesar de ellos y atropellando su respeto habian de poner en práctica su resolucion, para no quedar desairados tomaron un prudente consejo, y fué decirles: „Nuestro dictámen de ceder ahora á la fuerza, y sujetarse al arbitrio de los tecpanecas, no mira tanto á nuestro bien como al vuestro, porque nuestra edad nos tiene exentos del

„ manejo de las armas: vosotros habeis de ser los que han de pelear; y no siendo vuestro número suficiente á contrarrestar al de los tecpanecas, vosotros sufris el estrago, y una vez vencidos, vuestros hijos y mugeres quedarán esclavos de ellos: por esto no queriamos obligaros á sacrificar vuestras vidas, ni exponer la persona ni el honor del rey, hasta que con el auxilio de otros señores se pusiese en estado de superar á los enemigos y restaurar nuestra libertad; pero si estais resueltos á defenderla, desde luego nosotros nos holgamos mucho, porque lo haceis de buena voluntad, y nunca nos culpateis de la resolucion. Y para que veais cuanto nos agrada la vuestra, el senado ofrece premiar el mérito de los que mas se distinguieren en la guerra, de suerte que al que fuere plebeyo lo escribirá entre los nobles, al noble lo hará tecuhtli, y al que lo fuese dará otras dignidades y honores á proporcion de su mérito. Concede igualmente que todos los enemigos que cada uno hiciere esclavos sean enteramente suyos, y á los que quiera dejar vivos sean sus tributarios, imponiéndoles los pechos que quisiere en favor suyo y de sus descendientes perpetuamente; y finalmente que á todos los que pelearen valerosamente se les permitirá que tengan cuantas mugeres quisieren, y pudieren mantener.” El rey entónces hizo á los jóvenes una laudatoria, exhortándolos á llevar al cabo su resolucion, en cuya ejecucion seria el primero que los animara con su ejemplo, hasta morir ó vencer; y ofreció por su parte premiar á los que mas se distinguiesen con mercedes y honores.

Resuelta de esta suerte la guerra, restaba el difícil paso de intimarla al emperador con las ceremonias

establecidas en su política militar: mas de este embarazo los sacó prontamente Atempanecatl, ofreciéndose á la ejecucion. Llamólo entónces el rey, y llevándolo consigo á su palacio, le dió un penacho de rica pluma, una rodela y una flecha, y un vaso con cierto barniz compuesto de albayalde, de una especie de tierra blanca llamada tizatl, y aceite de chian, con el cual acostumbraban unirse el cuerpo cuando salian á campaña, para que lo llevase todo al emperador.

Partió luego Atempanecatl, y habiendo logrado pasar sin embarazo las guardias de la frontera con la prevencion que ántes dejó hecha, llegó á presencia del emperador y le dijo: „Muy grande y poderoso señor, cumpliendo como criado tuyo tus órdenes volví á Méjico, y dí tu respuesta al senado, el cual se contristó mucho al oirla, viéndose en la precision de tomar las armas para defender sus fueros, y me mandó volver á hacer, certe saber como te declara la guerra, y que vendrán luego sus tropas á destruir tu reino. Mi rey me manda decirte que aunque siente tomar contra tí las armas, no puede dejar de amparar á sus vasallos, ni abandonar la corona que han puesto en sus sienes. Te envia este penacho, rodela y flecha con que te armes para salir á campaña, y este barniz con que te unjas, porque nunca digas que te cogió á traicion, y desprevenido.”— „Mucho estimo á Itzcohuatl su regalo, respondió el emperador, y le tomo en mis manos, y en tu presencia unto mis carnes con este barniz para salir á campaña, aceptando la guerra: y ántes que vengan á mis tierras los mejicanos irán á buscarlos á las tuyas mis tecpanecas; pero no sé si podrás volver á tu tierra á dar cuenta de esta comi-

„sion.”— „Poco importa que yo no vuelva, dijo Atempanecatl: bástame haber cumplido como debo con haberte intimado la guerra, que es á lo que fui venido. Desde la vez pasada que vine á tu presencia con la embajada de la eleccion de Itzcohuatl vine ya persuadido á que no volveria; porque luego que la oyeras me mandarias quitar la vida: tu gran bondad y prudencia me la perdonó; y así este poco mas de tiempo que he gozado de ella á tí te lo debo. Si ahora quisieres quitármela, tuya es, y harás lo que gustares.”— „No, valiente Atempanecatl, dijo Maxtla: no te la quitaré que es lástima que tanto brio se malogre en tan pocos años: pero procura salvarla de los guardias de la frontera, que tienen orden del senado de quitártela si vuelves por donde están ellas; y por si logras pasar, lleva este morrion, rodela y macana que darás á tu rey en mi nombre, y para tí esa manta fina con que te adornes.” Recibió Atempanecatl las prendas del emperador, y despidiéndose de él con mucha sumision, tomó el camino para Méjico.

Era ya bien entrada la noche, y muy oscura, cuando llegó Atempanecatl á la guardia de la frontera: tenían en este parage los tecpanecas un gran paredon que les servia como de muralla, y este tenia un agujero. Al abrigo, pues, de la oscuridad intentó Atempanecatl pasar por el agujero sin ser sentido, y con efecto pasó por él; pero apenas estuvo del otro lado cuando sintiéndole los centinelas dieron sobre él llamando á las guardias. Defendióse valerosamente de los que le acometieron, y valiéndose de su agilidad y de la obscuridad logró escapar de sus manos, y embarcándose en una

canoa que habia dejado en una caleta oculta, caminó hasta Méjico, donde llegó al amanecer.

Increible se les hacia á los mejicanos verlo volver vivo; y siendo general en todos el regocijo de su feliz arribo, dió cuenta al rey de su comision, entregándole el morrion, rodela y macana, y refiriendo cuanto le habia pasado. Alegróse mucho Itzcohuatl al verle, y recibiéndole en sus brazos con muchas demostraciones de afecto, aplaudió grandemente su valor, y desde entónces le dieron el nombre de Tlacaoeltzin, que le interpretan ó entienden literalmente *hombre ó persona de hígados*, queriendo denotar en esto su gran valor; y así de aquí en adelante le nombran ya los historiadores con solo este nombre, y lo mismo harémos nosotros para quitar confusiones. Dió luego el rey todas las providencias convenientes para armar su gente, ordenar su tropa, guarnecer las entradas de su capital y ponerse por todas partes en estado de defensa.

Animados los tlatelolcas con el ejemplo de los mejicanos, determinaron tambien ellos elegir nuevo rey, y habiéndose reunido para ello, recayó la eleccion en Quauhtlahuatzin. No era de la sangre real, pero sí de una de las mas ilustres del reino, y uno de los principales capitanes que tenian y que en todas ocasiones habia acreditado su gran valor con señalados hechos: pero era inferior su fama á la de Itzcohuatl, y le miraban con emulacion. Habia servido siempre al imperio, y era adicto á sus intereses, por lo que su eleccion no suscitó en Maxtla y sus ministros los recelos que la de Itzcohuatl; pero habiendo resuelto el senado tecpaneca por punto general reducir á los mejicanos y tlatelolcas á riguroso vasallage, extinguiendo sus

reyes, y poniéndoles gobernadores, fué igualmente desaprobada la eleccion de Quauhtlahuatzin. No señalan los historiadores el dia de esta eleccion, pero segun el orden de los sucesos, parece que fué dos dias despues de la de Itzcohuatl, el dia veinte y nueve del mismo julio.

Hallóse el monarca tlatelolca en un terrible estrecho; porque habiendo de tomar las armas contra el emperador para defender su corona, era preciso ligarse con Itzcohuatl, cuyo superior respeto habia de oscurecer sus lucimientos, y le era indispensable cederle todo el mando, y no temia ménos el poder de Maxtla que el valor y orgullo de Itzcohuatl, cuya gloria, quedando victorioso, le causaba muchos recelos; pero el lance era tan apretado que no habia otro partido que tomar, y así determinó enviarle luego sus mensajeros, ofreciéndose con sus vasallos para ayudarle en la guerra contra el imperio en defensa de los intereses comunes.

Acceptó Itzcohuatl la oferta, y le mandó decir que pusiese el mayor cuidado en guardar sus fronteras, sin permitir que su tropa hiciese irrupcion alguna en las tierras enemigas, sino que se mantuviese sobre la defensiva, bien apercebida su gente para rechazar cualquiera accion que intentasen los enemigos; que el lo haria del mismo modo, ínterin que juntando socorros de otros príncipes podian llevar la guerra al pais enemigo.

Así lo hicieron uno y otro prontamente, y no fué sobrada su diligencia, porque al cuarto dia de la eleccion de Itzcohuatl, que corresponde al treinta y uno de julio, vinieron sobre ellos los tecpanecas con poderoso ejército, conducido sobre un copiosísimo número de canoas. Embistieron primero por Tlatelolco, y habiendo

sido vigorosamente rechazados, intentaron invadir á Méjico; mas hallaron tambien por allí tan fuerte resistencia, que se vieron obligados á retirarse con abundante pérdida. Determinaron entónces sitiar ambas poblaciones, y acordonando sus canoas en toda su circunferencia cerrarles enteramente el paso para que no les entrasen tropas auxiliares, ni ellos pudiesen salir de sus recintos, y continuando diariamente los ataques los pusieron en el mayor conflicto, hasta que vino Nezahualcoyotl, como vamos á ver adelante.

CAPITULO LI.

Envia Nezahualcoyotl á pedir al señor de Chalco el socorro que le ha ofrecido; lo rehusa, y el embajador se vé en grandes riesgos. hasta que á petición del pueblo envia el socorro. Marcha el príncipe con un numeroso ejército, y entra por Otompan, que se le rinde. Conquistan en un dia los tlaxcaltecas el reino de Acolman, y los chalcas el de Cohuatlican. Entra el príncipe por el de Tezcoco sin resistencia hasta su capital, donde hace pasar á cuchillo la guarnicion tecpaneca, dejando libre al vecindario. Despide las tropas auxiliares cargadas de despojos; procura fortificar sus fronteras, y se aplica á restaurar la policia y el gobierno.

Dejamos al príncipe Nezahualcoyotl en el alojamiento que le tenían prevenido los señores de Tlaxcallan, en una campiña algo retirada de la ciudad, á que le condujo el embajador Ixtoltzin, donde halló no solo toda la comodidad necesaria, sino tambien un ameno y espacioso jardín para su diversion, y fué servido mag-

nífica y abundantemente. Aquella misma noche, que segun parece fué la del último dia del mes de julio, le pareció conveniente al príncipe volver á despachar á Xolotecuhtli á Chalco con un mensaje á Totzintecuhtli, señor de aquella provincia, que á la sazón era muy poderoso, y le dijese de su parte que contando con el socorro que reiteradamente le habia ofrecido tenia determinado el dia ce olin, que corresponde al cinco de agosto, entrar por Otompan, conquistando esta provincia y la de Acolman, donde tenían los tecpanecas la mayor fuerza, talando toda la tierra, apoderándose de todas las poblaciones, y pasando á cuchillo á todos los que quisiesen hacer resistencia, y que al mismo tiempo entrase el de Chalco con todo su ejército por el territorio de Cohuatlican de que estaban apoderados los enemigos, y habian hecho plaza de armas á la principal poblacion, conquistando por el mismo orden, hasta que llegasen á encontrarse; pero le previno á Xolotecuhtli que antes pasase á Tezcoco, y lo consultase con el infante Quauhtlehuanitzin y con Huiziluhuitzin.

Llegaron allí luego mensajeros de las provincias de Huexutzinco, Chollolan, Zacatlan, Tototepec, Cempohualan, Xaltocan y otras de ménos consideracion, dándole noticia de estar pronto el socorro con que cada una de ellas le auxiliaba, para que diese las órdenes que tuviese por conveniente. Dióla, pues, á todos generalmente de que el dia de trece buhos, que correspondió al cuatro de agosto, se hallasen todos en el pueblo de Calpolalpan, situado en los Llanos de Apan, perteneciente á la provincia de Tezcoco, y como nueve leguas distante de la capital á el Oriente para entrar al dia siguiente con su tropa por las tierras de Otompan.